



L A O B R A I N V I T A D A

Pedro Rodríguez de la Torre



UNIVERSIDAD DE JAÉN

Vicerrectorado de Proyección de la Cultura, Deportes y Responsabilidad Social

© Fotografías: Néstor Prieto Jiménez



Pedro Rodríguez de la Torre, 1915-2015.

Hace justamente cien años Manuel Montero Garzón publicaba en la revista *Don Lope de Sosa* unas emotivas palabras coincidiendo con la muerte del pintor Pedro Rodríguez de la Torre: «Todo lo dicho viene a cuento de recordar hoy el nombre, y de honrar, no tanto como se merece, la memoria de un artista, humildísimo por su nativa condición y por su carácter, insigne por su sobresaliente labor, hijo de Jaén, para gloria nuestra, y desaparecido del mundo, por desdicha, pocos meses ha». Una centuria después retomamos esta despedida con el objetivo de recuperar la figura del pintor giennense más destacado del siglo XIX.

Los tres lienzos que se presentan dentro del proyecto *La Obra Invitada* de la Universidad de Jaén fueron realizados por Pedro Rodríguez de la Torre (1847-1915) y se custodian en colecciones particulares de la provincia. Gracias a la generosidad de sus propietarios se muestran al público, lo que dota a este proyecto de la Universidad de un significado especial y lo constituye en una excelente antesala para la exposición que, sobre el artista, se celebrará el próximo año.

Pedro Rodríguez de la Torre nació en Jaén en 1847 e inició su formación en la escuela de dibujo de Manuel de la Paz Mosquera, acreditado pintor local. Su dominio del dibujo y las grandes capacidades que mostraba para la pintura le posibilitaron la obtención de una de las ansiadas pensiones otorgadas por las diputaciones españolas, en este caso la de Jaén, con el objetivo de completar su aprendizaje en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado de la Real Academia de San Fernando de Madrid, centro capital del arte español en la segunda mitad del siglo XIX. Tras una exitosa estancia en Madrid y después de pasar por Roma, Pedro Rodríguez volvió a su Jaén natal donde trabajó activamente en el desarrollo cultural de la ciudad. Desde 1882 fue profesor de la escuela de dibujo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y desde aquí comenzó su andadura por diferentes ciudades. De Jaén pasó a Cádiz, donde fue profesor de la escuela de dibujo de la Academia gaditana, después a Palma de Mallorca, donde se le otorgó la Cátedra de Dibujo de Figura en 1894 y, finalmente, se trasladó a Zaragoza como director de su Escuela de Artes y Oficios donde, estando ya muy enfermo, permaneció hasta su muerte. A lo largo de su carrera, como era propio de los artistas del momento, concurrió en diferentes ocasiones en las Exposiciones

Nacionales de Bellas Artes celebradas en Madrid, obteniendo en 1881 una Medalla de Tercera clase con su célebre obra *La Sacristía* (Museo de Jaén).

El estilo de su pintura podemos circunscribirlo, fundamentalmente, dentro de la corriente romántica andaluza en su vertiente más costumbrista. Su técnica se caracteriza por un marcado academicismo que muestra una pintura muy acabada, con especial atención al dibujo y al detalle; aunque en ocasiones se decanta por otra vertiente mucho más libre, de factura más ligera y personal, que irrumpe en su obra y complementa su producción artística. En conjunto destaca un marcado eclecticismo que varía entre la perfección dibujística de corte purista y la gran riqueza de color, algo que Lafuente Ferrari describió como rasgo definitorio *de los templados andaluces*.

Pedro Rodríguez de la Torre participó de los géneros principales de la pintura decimonónica española. El retrato, el paisaje y las escenas costumbristas fueron el centro de su obra; sin embargo nunca recurrió a la pintura de historia, hecho que podría estar justificado ante la falta de encargos oficiales de este tipo. Su espectro temático es más amplio y abarca también la pintura religiosa, las naturalezas muertas o los temas mitológicos con copias de los grandes clásicos renacentistas y barrocos, que corresponden, éstos últimos, a su etapa de formación en la Academia madrileña. En determinadas ocasiones, Pedro Rodríguez trabajó para satisfacer encargos de diversas instituciones, como lo atestiguan los retratos reales que realizó para el ayuntamiento y la diputación de Jaén. No obstante, su producción se orientó hacia el mercado privado, como hicieron muchos de los artistas españoles que obtenían en él mayor éxito y beneficios económicos. En esta línea toma una gran importancia el desarrollo de sus cuadros de costumbres y su pintura de casacones heredera del *tableautin* de Messonier y del tipo de Fortuny.

Las tres obras que se presentan en esta muestra permiten acercarnos a un Pedro Rodríguez de la Torre muy rico e interesante, capaz de resolver los más diversos temas y dentro del citado eclecticismo que caracterizó su producción.

La primera, *El Río*, presenta un paisaje muy evocador que podemos clasificar de romántico. Recibe influencias de Genaro Pérez Villaamil y Luis Rigalt, precursores del paisajismo romántico, pero fundamentalmente de Carlos de Haes, quien fue su maestro en Madrid y del que heredó la búsqueda del realismo a través de la esencia román-



tica que late bajo su pintura. *El Río* nos transporta a un paraje invernal, frío, incluso podríamos decir cargado de melancolía. Contrasta la magistral minuciosidad con la que se resuelve la arboleda del primer término con las manchas de color en las que se va deshaciendo la naturaleza. Las ramas desnudas de los árboles se proyectan como formas puntiagudas de gran fuerza, el cromatismo, en tonos grises y azules, es tratado con notable delicadeza, y la tenue luz grisácea, que a modo de neblina recrea valores atmosféricos en una búsqueda de captación de lo real, acentúa la percepción gélida a la que nos referimos.

En cuanto a la segunda pieza, *La Sagrada Familia*, recrea el grupo escultórico que se encuentra en la catedral de Jaén y que materializa un *teatrino* barroco de origen italiano compuesto por figuras de cera de gran calidad. La pintura reproduce con absoluta fidelidad el conjunto escultórico, manteniendo en el centro de la composición a los protagonistas de la escena, la Virgen con el Niño, y plasmando de un modo casi fotográfico el movimiento sinuoso de las figuras y los acusados pliegues de sus vestiduras. Se trata de una pieza dotada de gran delicadeza, cuya factura responde a una notable apuesta por el academicismo, de gran perfección del dibujo, pincelada muy acabada y magistral uso del color.

En tercer lugar encontramos *La leñadora*. Este mismo tema ya había sido representado por el pintor en un momento anterior de su vida, perteneciendo la pieza que nos ocupa a sus últimos años en Zaragoza. Las diferencias entre ambas obras se traducen en pequeñas variaciones del paisaje rocoso y en un elemento muy interesante como es el envejecimiento del personaje principal tras el paso de los años. En esta ocasión la mujer presenta unos rasgos más acusados por la edad y la fatiga de la acumulación del trabajo que tantos años carga a su espalda. El color, en tonos fríos y apagados, nos habla del estado de cansancio; las figuras se recortan violentamente sobre un fondo gris absolutamente neutro, un recurso extremadamente moderno y que contrasta con el detallismo del primer plano.

Estas tres obras, muy diferentes entre sí, constatan la maestría y riqueza de Pedro Rodríguez de la Torre, un giennense que recogió la esencia de su tierra en su producción y desempeñó un papel clave en la pintura del siglo XIX español.

M. Mar Rodríguez Rodríguez